

Hoy abrimos el libro de la experiencia. Volveos a vosotros mismos, y que cada cual escuche en su interior lo que vamos a decir....porque la razón sólo comprende lo que antes se ha experimentado.

San Bernardo

I. Introducción

Pienso que podríamos hacer de esta jornada una vuelta a Galilea, que abrir el libro de la vida, de la experiencia fuera un volver a escuchar ese “no tengáis miedo, id...iré delante de vosotros a Galilea; allí me veréis”. Galilea es el origen y la misión. Desde Galilea aparecen tres cosas esenciales: Dios siempre nos precede, va delante (es parte del credo ancestral de Israel y, después, experiencia de los discípulos); Galilea lleva al seguimiento y a la comunidad porque descubre la presencia de Jesús y, por último, Galilea es la de los gentiles, la de la vida cotidiana (profana, vulgar) donde Jesús también precede y llama.

La palabra que permanece en nosotros tras la experiencia de la pasión es “salid”, dejad Jerusalén, la tumba vacía, e id a Galilea donde está Jesús resucitado y la comunidad que es germen de la libertad universal del evangelio.

Toda la vida transcurre en un “tiempo de morir y un tiempo de nacer”, por eso toda la vida es un camino de liberación que nos devuelve a la raíz de nuestra vocación para que volvamos a partir como discípulos enviados. Quizás la vuelta a nuestras raíces sea un morir para volver a nacer dando fruto en los demás.

Me gustaría que de esta conversación nos quedásemos con unas poquitas cosas aunque yo hable mucho.

→ Lo que sostiene nuestra existencia como religiosos y antes como cristianos, es la experiencia de Dios. Y nosotros y nuestras comunidades estamos llamados a recrear esa experiencia “para que el mundo crea”. O sea, que esa pasión de experiencia, tan nueva y tan antigua, es lo que nos da identidad. O somos experiencia o no somos ni tenemos nada que dar.

→ Sólo podemos experimentar desde las raíces y no hay árbol que se sostenga con las raíces del árbol vecino. El pozo que somos sólo puede dar el agua que recorre sus subterráneos. Por eso es tan urgente que enraicemos nuestra vida y conozcamos nuestras galerías y pasadizos, el subsuelo de nosotros mismos.

→ El camino es una tenaz y atrevida confianza que revela en nosotros lo más humano de nosotros mismos: el Dios que nos habita. Una confianza que no tiene fundamento visible y que nos enseña a descubrir la anónima experiencia cotidiana del Espíritu en la vida.

Antes que Bernardo, otro monje benedictino, Ruperto de Deutz ya había dicho "creo, hermanos, que el tener un conocimiento suficiente más lo debéis agradecer al libro de la propia experiencia y al corazón que a la lectura alguna de manuscritos".

“Tiempo de morir, tiempo de nacer” es como si nos hubieran situado entre el paraíso perdido y la tierra prometida, a caballo entre la sombra y la luz, entre la muerte y la vida para que intentemos descubrir el ritmo de Dios, para que llegemos a reconocernos como la tierra prometida que somos.

Sabéis que la armonía es el arte de combinar sonidos simultáneos y diferentes, pero acordes, o sea, como la vida misma, como el mundo en el que nos movemos, lleno de contrastes. Así se recrea el paraíso, haciendo ese camino de armonización, de integración. Y además, la armonía siempre es para recrear a los demás.

Mirad, hay en nosotros tres niveles, imprescindibles los tres, pero de distinta entidad: un nivel físico, otro psíquico y otro personal. En el nivel personal se da la experiencia espiritual como experiencia radical. (Afecta a la raíz, no es un contenido más).

Lo que os quiero decir con esto es que nosotros tenemos experiencias de todo tipo y además sabéis que ahora está muy de moda tener las experiencias más diversas y uno por lo mismo va a un monasterio budista que practica yoga o hace meditación cristiana. Todo cabe y todo está bien, incluso entre nosotros, religiosos, acumulamos experiencias más o menos sensibles y fuertes, a través de la naturaleza, en un monasterio, en un campo de refugiados, en una planta de terminales, en una guardería...bien, pues la verdadera experiencia espiritual no es una cosa más sino la que da contenido real a las experiencias, la que hace que lo que vivimos no sea de quita y pon porque es la experiencia de vivir desde la raíz. Por eso la espiritualidad es una travesía en busca de la identidad, del yo más profundo, de la raíz desde la que podemos vivir. Es la vida desde las raíces.

Seguramente habréis observado que la vida tiene forma de espiral. Vivimos como en círculos concéntricos (podemos tener la vida completamente invertida y que los círculos concéntricos nos lleven hacia fuera y vivir muy superficialmente). Cada círculo es una etapa en la vida y es a la vez el acceso al siguiente nivel. Es una espiral que horada hacia dentro. Horadar es atravesar de parte a parte y cada verdadera experiencia que tenemos hace eso en nosotros, nos va atravesando, abriendo camino hacia niveles cada vez más íntimos. Esto, si estamos despiertos para darnos cuenta de lo que experimentamos, porque experiencias tenemos todos...pero a veces nos pasan de largo.

Recordáis el encuentro de Jesús con la samaritana en el pozo ¿verdad? Nosotros podemos quedarnos de perpetuos pre-samaritanos, al borde del pozo, sin entrar en la conversación que entró la samaritana. Podemos sacar siempre el mismo agua, incluso avisar a la gente del pueblo y atraerlos al pozo, despertar la curiosidad...tampoco está mal, pero desde luego, no es la invitación que se nos ha hecho ni el regalo y la responsabilidad que se ha puesto en nuestras manos. Lo que pasa es que todos sabemos que si entramos en diálogo con ese hombre que se pone al borde de cada uno de nuestros pozos, cada vez que le damos acceso, en cada conversación una nueva invitación se abre y descoloca el tablado que teníamos perfectamente montado.

Quizás sería hoy un buen momento para mirar si tenemos alguna conversación pendiente en el brocal del pozo.

II. Qohelet, un hombre de experiencia

Lo primero que podríamos hacer es acercarnos al amigo Qohelet. ¿Por qué es un hombre de experiencia? Supongo que en algún momento habréis leído el librito entero, si no lo habéis hecho, os invito a hacerlo para que podáis descubrir por vosotros mismos por qué Qohelet transmite sabiduría, vida en movimiento, y no sentencias estáticas ni principios morales ni directrices de vida.

1. Lo primero que aparece con fuerza es la gran interioridad de Qohelet. Vamos a verlo.

Creo que podemos decir de él que es el autor menos dogmático del Antiguo Testamento. No hay rigidez en sus palabras ni estrechura en su forma de mirar la realidad. Se permite dudar de sí mismo y por lo tanto está abierto a lo que es diferente. Está claro que quien ha ‘probado’ a Dios, probar de saborear, de paladear, sabe de su anchura y sabe por eso que la verdad y la vida son sinfónicas, es decir, distintas voces, distintos instrumentos que suenan acordes y no como una melodía plana donde todo tiene que ser igual. La anchura de Dios alberga la variopinta orquesta que somos los humanos, y no desdeña ningún instrumento. Qohelet lo sabe.

Además, él observa, reflexiona en el silencio, vuelve sobre su reflexión y es capaz de desengañarse a sí mismo. Tiene mucha capacidad de entrar dentro de sí y un afán muy grande por no vivir en el engaño, por no generar entelequias; quiere vivir de verdad la vida. Qohelet tiene muchas preguntas siempre y no huye de ellas porque sabe que su espacio interior es grande.

2. Aquí empieza a aparecer otro rasgo muy fuerte: es un buen discernidor, un buen maestro de la sospecha, como lo fue Ignacio de Loyola mucho después. Tiene espíritu crítico, un espíritu insaciable de búsqueda y confrontación. No tiene miedo.

3. Por otra parte, aparece como un hombre entero. La entereza es ese “atrevimiento amable” (firmeza, fortaleza de ánimo) que caracteriza a algunas personas y las hace ser muy enteras...por ejemplo, la cananea ¿la recordáis?, es muy atrevida, ¡afortunadamente!. No me resisto a no decir algo de ella. El arrojo de esta mujer que sufre y confía, la convierte en maestra para Jesús (que para escándalo de los presentes rompe una clausura, la que le imponía ser israelita); no diremos que no sea mucho atrevimiento, pero Jesús la acepta plenamente porque reconoce en ella no el rechazo a la tradición sino la profundización de esa tradición. La cananea no oculta ni miente sobre su situación de “inmensa gentil” como se la llama a veces, o de gran impura por su procedencia sirofenicia que viene a ser como el resumen de todas las razas que han luchado contra Israel, pero su confianza llega a tanto que reclama las migajas, aceptando un misterio que le supera pero del que se siente ya destinataria.

Pues Qohelet es así, es desafiador, tiene el coraje de no ocultar el lado oscuro de la vida, los abismos que tiene; prefiere enfrentarse a ellos, mirar cara a cara la contradicción y complejidad que tiene la existencia humana y se atreve a aceptar que no somos capaces de entender el sentido de nuestra existencia por nosotros mismos, acepta el misterio que somos.

4. Otro rasgo de Qohelet es que es un maestro de la noche, es un testigo. Señala a Dios como lo único incommovible e incondicional y para ello destapa los pilares ficticios en los que a veces tenemos puesta nuestra seguridad. Por eso nos enseña que Dios está presente, muy presente, en la duda, en la tiniebla, en la incertidumbre, cuando un corazón es sincero. Nos está diciendo que Dios no nos salva de la duda sino EN la duda, lo mismo que no nos salva de la pobreza sino EN la pobreza, ni de nuestros desajustes sino EN esos desajustes. Y así con todo. Ese es el Dios que Qohelet nos quiere mostrar en medio de la noche.

5. Qohelet también es sensible, tiene un sentido de justicia muy vivo. ¿Sabéis qué es la sensibilidad? La sensibilidad es la capacidad de respuesta que tenemos. Es un don de Dios, no algo a desechar ni a confundir con la sensiblería o con la credulidad. Qohelet vivía en un momento socialmente perturbado, en el que había mucha opresión e injusticia y sufría con la injusticia que veía pero su fe no vacilaba porque la misma sensibilidad que le hacía percibir los abusos, le llevaba a descubrir el lado bueno de la realidad, las cosas buenas que también había en la vida.

6. Otra pincelada del talante de este compañero es su realismo. A veces rayando el escepticismo pero sin caer en él. Qohelet se pregunta si realmente es posible

encontrar en este mundo la felicidad y desenmascara las felicidades light. En tiempos de Qohelet existía una cultura sapiencial que se había acomodado en unos presupuestos muy seguros (si obras bien, dios te bendice, etc de la cual nosotros todavía bebemos...si somos buenos, dios nos da y si no lo somos, no nos da) pero que, a la luz de una vida llena de contradicciones, entraban en cuestión. Qohelet se resiste a un orden demasiado establecido, a la seguridad aparente que eso da. Su realismo espiritual es muy fuerte. Aquí Qohelet conecta en lo más profundo con los grandes maestros espirituales de después y pienso, muy especialmente, porque es a quienes mejor conozco, en Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Ambos continúan, prolongan esa caravana de creyentes que es la Biblia, hombres y mujeres que han hecho una experiencia de Dios y, como Qohelet, proponen una vida de oración, de experiencia, que es un proceso de crecimiento, una maduración humana en la fe.

7. Y para terminar esto, una pequeña coincidencia, que me parece muy bonita, de la que podríamos sacar algo bueno y es que aunque Qohelet, su nombre, designa a una persona masculina, sería el dirigente o animador de una comunidad, ese nombre es un participio femenino. Podría ser también una invitación a armonizar en nosotros lo masculino y lo femenino. Pero eso le toca a otro taller. Lo dejamos así, sólo apuntado.

III. Sobre la espiritualidad

Hay montones de definiciones para la palabra espiritualidad. Literalmente, espiritualidad es la experiencia del Espíritu de Dios; es, simple y llanamente, la manera de ser cristiano; «la forma de vida que se deja guiar por el Espíritu de Cristo».

Todo lo demás lo añadimos nosotros corriendo el riesgo de convertir (o al menos confundir) algo que es esencial en algo incidental. Como si a nuestra vida le pusieramos un añadido y, si es un añadido, evidentemente, se puede poner o quitar.

Si definimos la espiritualidad en función del adjetivo que le acompaña, estamos convirtiendo algo esencial en algo secundario. Mi espiritualidad es la carmelitana, ya sabéis que soy carmelita, pero ésa es una forma de hablar que, en buena parte desfigura la realidad. No hay espiritualidad carmelitana, misionera, oriental, franciscana, africana... etc. La espiritualidad es la forma de ser cristiana. Ser espirituales es ser seguidores de Jesús. Entonces podemos decir que «una espiritualidad es una forma concreta de vivir el evangelio», movida por el Espíritu, claro, o incluso, «un estilo de vivir el evangelio en una determinada situación». Así la espiritualidad se vuelve concretísima y muy diversa, pero no deja de ser pura y esencialmente, la experiencia de Jesús, de seguimiento de él, de descubrir nuestra identidad de hijos y hermanos.

Algo que es importante que entendamos y tengamos muy claro es que nosotros no “hacemos” cosas espirituales según a qué nos dedicamos en cada momento. No somos más espirituales cuando vamos a la capilla o cuando celebramos la Eucaristía. No somos menos espirituales cuando vamos en el metro, cuando ordenamos una habitación o hacemos otras mil cosas. No es más espiritual hablar de liturgia o de teología que hablar de la diversidad de necesidades que se nos presentan cada día en la vida o encontrarnos para charlar con un amigo. Por eso, cuando Teresa de Jesús iniciaba su nueva vida en el Carmelo, en su pequeño monasterio recién fundado, lo que les dijo a sus hermanas fue “Qué tales habremos de ser” para que nuestra vida sea lo que pretendemos, en referencia clara a que el quid de la cuestión no está en pasar muchas horas en el coro rezando ni tener muchas prácticas piadosas sino en adquirir, en construir poco a poco una verdadera identidad espiritual que configure nuestra vida con la de Jesús y nos haga verdaderas mujeres y hombres de Dios.

Gustavo Gutiérrez hizo famoso en un librito suyo un precioso comentario de Bernardo de Claraval, que decía que en materia de espiritualidad cada cual debe saber «beber en su propio pozo». La experiencia de Jesús, que es la espiritualidad de cada uno, es absolutamente personal y única. Por eso antes os decía que no hay árbol que se sostenga con unas raíces que no sean las suyas.

Es cierto que estamos llamados a compartir plenamente esta experiencia, a compartir la espiritualidad y a darle el tono –la concreción– que mejor resuena en nuestro interior (cada carisma congregacional) pero también es cierto que nadie puede hacer por nosotros esa experiencia y que sin ella, somos «vaciedad de vaciedades, vanidad de vanidades» que decía Qohelet. Porque de la experiencia que tengamos, de ese pozo, brotará el agua. El agua que nos permita vivir, que no consienta que muramos de sed en los momentos de muerte y que nos permita dar agua a los demás y suscitar las ganas de que cada quien descubra su propio pozo.

Mirando desde esta perspectiva el significado de la espiritualidad se puede entender qué no es la espiritualidad, por qué ha levantado tantas sospechas, por qué hay personas, también entre los religiosos y sacerdotes que la rechazan.

Hay un texto en los documentos del Concilio Vaticano II, en la *Gaudium et Spes* que siempre me estremece, cuando dice, al hablar del ateísmo, que también los creyentes tienen -tenemos- una parte de responsabilidad, porque el ateísmo no es un fenómeno originario, sino derivado de diversas causas. Desde luego, una de ellas, es la espiritualidad desencarnada, la vida cristiana sin la experiencia de Cristo en el centro, la vida religiosa, en nuestro caso, sin una verdadera experiencia de amor y amistad con Jesucristo configurando cuanto somos y hacemos.

Uno de los grandes déficits de nuestra iglesia es precisamente el déficit de experiencia, de encuentro íntimo con Dios, de la experiencia amorosa de Jesucristo.

Recuerdo el pequeño cuento de un párroco que explicaba algo que muchas veces nos pasa a nosotros: un hombre llegó al portal de un edificio que tenía portero y pidió para subir a casa de los López. El portero le recibió muy amable y le dijo que por supuesto que podía subir allí pero que pasase y se limpiase un poco los zapatos si quería ya que los López eran muy observadores y cuidadosos. Allá que entró y le invitaron a sentarse a charlar un rato mientras el portero, su familia y otros amigos se interesaban por el viaje del recién llegado y le contaron diversos chismes de otros vecinos y así se entretuvieron durante horas, hasta que el viajero dijo que tenía que marcharse y que volvería al día siguiente para visitar a los López. Volvió al día siguiente y le invitaron a pasar de nuevo a la portería. Nuevamente se suscitó una conversación muy agradable y le contaron muchas cosas buenas de los López, animándole a frecuentar las tertulias que cada tarde había en la garita del portero. Total que se hizo tarde como para subir a casa de los López y volvió a marchar el viajero. Y así anduvo un tiempo, yendo a la tertulia con idea de conocer y estar con los López hasta que llegó a la conclusión de quizás no valía tanto la pena conocer a los López pues quienes tenían que indicarle cómo llegar a ellos no tenían un gran interés. Esto mismo pasó con otros viajeros, algunos venidos de muy lejos. Algunos acababan pasando largas temporadas en la portería, haciendo actividades, colaborando con el portero...pero finalmente decidían marcharse, y sin haber conocido a los López.

Es posible que nuestro trabajo pastoral, absolutamente necesario, tenga en muchas ocasiones cara de portero. Creamos círculos de estudio y de solidaridad que, repito, son imprescindibles pero ¿hacemos invitaciones reales a la experiencia de encuentro con Dios?, ¿somos una ayuda efectiva para descubrir al Dios latente en todas nuestras vidas, para descubrir esas experiencias del Espíritu que todos tenemos, cotidianas, silenciosas, sumamente discretas? Muchas veces sólo necesitamos de

alguien que nos ayude a reconocerlas y también forma parte de nuestra misión esencial ser mano que acompaña a los demás en ese descubrimiento.

Creo que era el profesor González Carvajal el que decía que la iglesia es más que un grupo de presión y más que un agente de bienestar social. Es imprescindible una identidad espiritual. Una vez más hay que repetirlo: nuestra identidad surge del encuentro con Jesús y del seguimiento que nace de ese encuentro. Es una identidad que tiene un fondo irreductible de adhesión que supera descontentos y dificultades, un elemento de “a pesar de todo”, y eso define la verdadera espiritualidad, esa es la experiencia anclada en el nivel personal, que no se quita y se pone, que no depende de cómo me vayan las cosas, que configura realmente la vida.

Llamados a adorar en espíritu y verdad

Sin duda recordaréis bien el encuentro de Jesús con la samaritana al que hemos hecho alguna referencia. En un momento, Jesús le dice a la mujer: “Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre...llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren... (Jn 4, 22-23)

Vamos a ver que nos está diciendo Jesús con esto.

A veces se entiende la espiritualidad como un relleno semi-religioso en el que todo es confuso y fofo, sin bordes fijos. Nada más alejado de la verdadera espiritualidad y de los que adoran en espíritu y verdad, que es a lo que nos llama Jesús.

Los verdaderos espirituales son personas de una calidad humana impresionante por dos motivos: porque tienen una raigambre definitiva y porque han roto el engaño de eso que llamamos la autorrealización.

La raigambre definitiva es la de haber descubierto que nuestro corazón está hecho para confiar y para amar. Así nace esa resistencia fiel que nos enseña a vivir en permanente provisionalidad todo presente; así nace el desprendimiento más profundo y la alianza más íntima. Eso es “adorar en espíritu”.

Y después, romper el engaño de lo que solemos llamar la autorrealización. Esa es una de las rutas más asfixiantes que hay porque ahogan la alegría que produce descubrir que hay una estrella para cada uno de nosotros que nos guía por donde no pensábamos caminar. La estrella siempre nos va a llevar a un lugar muy humilde de entrega, un lugar de sencillez donde nuestros límites aparecen con fuerza; son límites hasta que descubrimos el pesebre que somos para que Dios se encarne. En ese momento acogemos el Reino de Dios, entonces comprendemos que nuestra realización personal está en que el proyecto de Dios se realice. Eso es “adorar en verdad”.

No olvidemos que las opciones que nos identifican como personas son siempre opciones de amor preferencial, no ideológicas, ni sociales, ni de cualquier otro tipo. Nuestra opción, aunque sea muy pequeña, es la respuesta a sabernos amados. Por eso podemos descubrir que hay un proyecto sobre los demás proyectos y entregarnos a él, porque dentro de nosotros, muy poco a poco, un deseo de comunión total se abre paso y se reinicia (¡como los ordenadores!) continuamente durante toda nuestra vida.

Todavía quisiera añadir dos cosillas sobre esta llamada que Jesús le hace a la samaritana porque Jesús le habla en plural.

La experiencia de seguimiento nunca es individual aunque sea lo más personal que hay, sin duda lo sabéis; siempre es una experiencia que crea comunidad y que provoca comunión. Por eso, el individualismo es la gran perversión de la vida religiosa. Pero tampoco nos confundamos, la comunión y la uniformidad no tienen nada que ver.

Ambas cosas, el individualismo y la uniformidad hablan de miedo y por tanto, desfiguran el rostro del Dios con el que queremos vivir.

La iglesia, y cada una de nuestras comunidades, no es no es un lugar donde se satisfacen necesidades sino donde se celebran misterios, se celebran relaciones. La comunión siempre será un misterio y un don. No sabemos cómo conseguimos sostener esta quebradiza unión porque sabemos que no está en nuestras manos, pero también sabemos que no se sostiene sin ellas.

Recordad que si nuestra vida cristiana no nos hace más personas, algo esencial está fallando, y si nuestra vida religiosa no nos hace más humanos, no hemos dado con Jesucristo o nos hemos ido por las ramas en vez de por las raíces.

De modo que la espiritualidad puede y debe llevarnos a romper una introspección de tipo ombligo haciéndonos salir en dos direcciones: hacia fuera, en dirección misionera y hacia dentro en dirección contemplativa, una contemplación que es como una mirada larga, muy larga, paciente y amorosa sobre la realidad. Tened muy claro que una sociedad que no entiende de contemplación no entenderá de justicia, porque habrá olvidado cómo mirar al otro desinteresadamente. Habrá perdido el sentido de gratuidad.

Nuestras misiones, nuestras obras, el apostolado...llamadlo como queráis, nuestro compromiso y entrega solidaria para seguir creando el mundo como Dios desea, para seguir abriendo caminos que den a todos sin excepción la posibilidad de una vida digna, plena y feliz no ha nacido de nuestra imaginación, no es un impulso que hemos sentido de repente, no es un plan elaborado de antemano, es el fruto de una palabra que se nos ha dirigido diciendo “como el Padre me ha enviado, así yo os envío...recibid el Espíritu Santo...” (Jn 20). *Recibid el Espíritu Santo significa vivid la experiencia de mi espíritu en vosotros. Haced la experiencia de adhesión y de alianza.* Descubríos llamados e id.

IV. Espiritualidad e identidad.

Qohelet nos ha recordado la ambigüedad de todo. Quizás nunca tanto como hoy es necesaria una identidad clara. Aquí quiero retomar algo que os decía al principio, que la espiritualidad es una travesía en busca de la identidad, del yo más profundo.

Voy a leeros unas palabras de Thomas Merton, ese trapense tan inquieto:

*Tenemos lo que buscamos.
No tenemos que correr tras ello.
Estuvo allí desde siempre
y si le damos tiempo
se revelará a nosotros.*

Unos siglos antes, Teresa de Jesús dijo lo mismo con muchas menos palabras: “no nos imaginemos huecos en lo interior”. Lo que está diciendo Teresa es que lo que hay al fondo de nosotros es pura y simplemente Dios. Estamos habitados y lo más íntimo de nosotros es Dios. Antes de que a nosotros se nos ocurra emprender ningún camino, Dios está atrayéndonos desde dentro. Nuestra primera y más verdadera identidad es que somos amados de Dios, esperados de Dios. Dios anda esperando y rogando nuestra compañía porque de él venimos.

El hecho de que nosotros seamos cristianos no se debe inicial ni principalmente a que hayamos hecho una opción, es más bien una consecuencia; se debe a que Dios nos

ha mirado y a que sostiene su mirada sobre nosotros. Juan de la Cruz decía que el mirar de Dios es amar y que esa mirada hace cuatro cosas en nosotros: nos limpia, nos agracia, nos enriquece y nos ilumina. Nosotros solemos pensar que mirar es más bien algo pasivo y que la acción es otra cosa. Sin embargo, la forma de mirar que tiene Dios, obra en nosotros, es acción porque es amor. De modo que la constancia de esa mirada es la razón por la que progresivamente vivimos más iluminados en el doble sentido: más nacidos, más nosotros y con más luz para ver e iluminar.

Sin esta experiencia identificadora nosotros quedamos como medusas, sin columna vertebral. Y acabamos de porteros de la familia López. Con muchas muy buenas intenciones, pero fofos, como sin alma.

La espiritualidad no es para los espíritus “encapotados” (Dios no está en los rincones), esa gente que rápidamente todo lo espiritualiza en el peor sentido de la palabra, que cree que hay que estar muy quieto y recogido y que es la única forma de tener a Dios, que todo lo convierte automáticamente en providencia divina. Eso no es espiritualidad. No pongo yo en duda la bondad de la providencia de Dios que no nos deja solos nunca. Pero esta travesía vital se cifra en descubrir el Dios que nos habita y en descubrirnos a nosotros mismos, en descubrir que estamos hechos para la relación con Dios y con los demás. Hemos sido creados para la relación y la felicidad y el sentido de nuestra vida se halla ahí. Lo que esa inmensa caravana de creyentes primero en la Biblia y después en tantos y tantos siglos de vidas consagradas nos muestra, es que esa palabra tan concreta de Jesús invitándonos a adorar a Dios en espíritu y verdad es una llamada a entrar en relación con él y descubrir en él nuestro más profundo yo, nuestra verdadera personalidad.

Mirad, la vida religiosa no es el próximo destino o la vestimenta, no es reglas de vida ni programas pastorales, es una transformación interior total. Todo lo demás desaparece o se transforma de época en época. Pero ese instinto del corazón humano es impercedero y lo que se espera de nosotros no es que hablemos mucho de Cristo, aunque lo hagamos y debamos hacerlo, lo que se espera de nosotros es que dejemos vivir a Cristo en nosotros para que los demás puedan encontrarle sintiendo cómo vive en nosotros.

Este camino, que desemboca en nuestras raíces, es para esto: para entregar a los demás nuestra vida en Cristo.

Nosotros estamos llenos de galerías subterráneas. Teresa de Jesús no trazó un mapa exacto para guiarnos pero sí nos dejó una buena brújula para saber si caminamos hacia el centro de nosotros (libro de las Moradas). De camino a las raíces vamos dando fruto de entrega, por eso, mirad lo que dice Teresa en la cumbre de la experiencia espiritual: “para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras”. Sabe Teresa que unidos a él desde las raíces no hay otra cosa más que ser como él que fue “el hombre para los otros”. Esa es nuestra identidad. Se trata de un desprendimiento –un olvido de sí– tan radical que lleva a vivir vuelto a las necesidades de los demás. Mientras nosotros no alcancemos las raíces no reconoceremos la radical necesidad que nos rodea encarnada de tantas y tantas formas. Y esto hace una crítica a dos bandos: tanto al activismo como a la ceguera ante el prójimo, el inmediato, en quienes tenemos ahora mismo sentados a nuestro lado y el que nos espera en este mundo tan cuarteado, y señala el único e inmenso camino del amor servicial.

Así vemos que el camino hacia las raíces es el camino del descentramiento. Cortar el cordón umbilical que nos mantiene atados a un yo infantil que nosotros vestimos razonablemente. Borges escribió en una ocasión, que somos como un museo de formas inconstantes, un montón de espejos rotos (elogio de la sombra). La vida es un

camino de desnudamiento, de ir dejando caer fachadas, imágenes nuestras y de Dios, parapetos, para llegar a nuestro hondón...pero sin dejarnos atrás a nosotros mismos.

Por eso “tiempo de morir”, por eso la noche, la bajada a los infiernos, el seol del que habla tantas veces la Biblia. Descentrarse es no poner en primer plano ese “lo que siento, lo que sufro, lo que me pasa, lo que...”, eso personalmente, pero también a nivel de comunidad o institución...”lo que esperaba en mi congregación, lo que creía, lo que proyectaba...” cuando nos enfrentamos al misterio de la muerte de algunos sueños que teníamos y creíamos que formaban parte del sueño de Dios, cuando aparece la oscuridad en un horizonte que en otros momentos aparecía prometedor y lleno de vida... es “tiempo de morir”.

Todos nosotros estamos aquí porque hemos vivido una experiencia de Dios. Sin esa experiencia, más o menos clara o confusa, sin la experiencia de su llamada, ninguno de nosotros estaría aquí pero necesitamos aprender a permanecer en vela. Permanecer en vela es vivir un camino de continua experiencia; lo que sucede es que podemos quedar anclados en las experiencias vividas o creer que la experiencia se identifica con sentir a Dios; y esto, lo mismo da en los momentos de oración que en la entrega más desinteresada, quiero decir que estos momentos llegan a la vida de todos sin excepción. Hay un momento ¡o muchos momentos! en los que la experiencia se vuelve oscura y quizás pensamos que Dios ya no se comunica como se comunicaba ni la locura del Reino por la que hemos apostado parece avanzar hacia ningún lado...y lo que hemos apostado es la vida. Hay un momento en el que el fruto de todo cuanto hacemos es como escarcha: es nada.

También entonces nuestra vida sigue dando fruto, pero no el que nosotros teníamos previsto. Las motivaciones se depuran así. Y la experiencia de Dios se va haciendo perenne, sin fecha de caducidad, lo que no significa que vayamos de sensación en sensación, que estemos llenos de descubrimientos ni de grandes momentos. Algunas cosas apuntadas en el poema de la noche de Juan de la cruz son características de esta experiencia de Dios: salí sin ser notada, por la secreta escala, en secreto, que nadie me veía, en parte donde nadie parecía, dejando mi cuidado olvidado.

Todo hace referencia a la discreción de la verdadera experiencia, al silencio íntimo en el que se fraguan todas las cosas importantes, a la soledad que acompaña las elecciones que nos definen, sin ruido, sin muchos colores a veces, al desprendimiento más profundo, que es el de nosotros mismos, el desprendimiento de ser los conductores de nuestra vida porque elegimos ponerla en las manos del que todo conduce a buen puerto.

¿Recordáis lo que le dijo Yahvé a Jacob en una ocasión?. Ya sabéis que después del lío de la primogenitura que Jacob arrancó a su hermano y se fue huyendo a Mesopotamia... Dios le dijo “vuelve a la tierra de tu padre, a tu tierra nativa, y allí estaré contigo”. Estaré contigo, en tu origen, allí donde naciste. Por ahí va la idea de volver a las raíces, a través de la experiencia continua de Dios, eso es “tiempo de nacer”. Volver a Mambré, al lugar de la acogida, de la experiencia, de la hospitalidad más profunda. Volver a Galilea, allí donde somos revelados a nosotros mismos por el encuentro con Jesús, ya no por el esfuerzo de ir rompiendo espejos sino por pura gracia.

Un camino: acostumbrar el alma a entrar dentro de sí.

Esa expresión de Teresa “acostumbrarse a entrar” quiere decir salir hacia dentro, “entrar para salir”. Quiere decir hacer contacto entre copa y raíz, entre las ramas y el tronco. No hace falta ser contorsionistas espirituales ni hacer nada sensacional, se trata de volver a la unidad original, al nivel más profundo de comunicación que es la

comuni3n; un nivel m1s all1 de las palabras y de los conceptos. No se trata de una nueva unidad, es recobrar la que siempre hemos tenido y quiz1s no acabamos de descubrir; ser, en definitiva, lo que somos.

En ese nivel es donde se reconoce la experiencia de Dios, una experiencia que se hace en la vida cotidiana, a trav1s de cuanto nos sucede pero a la que nosotros s3lo accedemos en la medida en que vamos liberando la verdad que hay dentro de nosotros. Y esa verdad, que es lo que nos libera, crea el espacio interior para vivir la experiencia (la interioridad). Parece un juego de palabras pero no lo es: liberar la verdad para ser libres. Para dejar que aflore la incre3ble belleza interior que somos, el incre3ble pozo de ternura, compasi3n y fidelidad.

“Acostumbrarse a entrar” es hacer una continua experiencia de muerte-vida porque es dejar lo que tenemos m1s a mano por algo que requiere una superaci3n no de esfuerzo sino de abandono y confianza. Es dejar algunos focos de atenci3n que nos chupan energ1a, que quiz1s son muy brillantes, por dar cobijo a una llama muy peque1ita que arde en nosotros y que puede llegar a ser nuestro verdadero hogar y dar calor a los dem1s. A la luz de esa llamita se hace la experiencia de Dios y no hace falta a1adir que la verdadera experiencia cristiana, ¡de Cristo!, es siempre simult1neamente interior y de servicio, quiero decir, no hay posibilidad de quedarse quieto al abrigo de ese calor.

Estoy segura de que os hab1is dado cuenta de que estamos muy mal acostumbrados a manejar nuestra vida desde la superficie. Tenemos un inexplicable af1n tangencial, de andar por los bordes, por las ramas, cuando no por las aristas, que a1n es peor. Es eso que os dec1a antes de quedarnos al borde del pozo permanentemente sin entablar conversaci3n, sin dejarnos llevar por el silencio interior que nos abre a otra comunicaci3n. Ese silencio es arriesgado porque nos desnuda, disuelve nuestras rebeliones y nos conduce al don de nosotros mismos. Ese silencio es mucho m1s que los ratos de silencio que podamos hacer y que debemos hacer.

A nosotros nos cuesta entrar, conocer y reconocer quienes somos, nos cuesta dejarnos llevar “por la secreta escala”, pero sin esto, es imposible entrar en relaci3n. Descubrir las falsas necesidades con que nos sobrecargamos, bloque1ndonos a nosotros mismos el paso. Hemos blindado muchas de las puertas que eran de simple cart3n en nosotros. La humildad, que no es otra cosa que andar en verdad, es lo que nos conduce de una forma muy sencilla pero cierta al camino de amar, al centro.

Algo imprescindible en este acostumbrarse a entrar es saber esperar, permanecer. Cuando damos con esas puertas y vemos que no las abatimos ni a la de tres, entonces puede suceder que nos paralicemos por miedo o cansancio, o que decidamos seguir contorneando la vida. Quiz1s nos da miedo asumir que algunas cosas se gestan muy despacio...como el embarazo de los elefantes.

Hemos de aceptar esa lucha que va a ser perenne, una lenta purificaci3n, una noche que se atraviesa muy despacio. Con momentos luminosos, con momentos muy duros...hasta desempolvar la piedra preciosa que somos.

Y otra vez la palabra de Teresa: “importa mucho y el todo...una grande y muy determinada determinaci3n de no parar hasta llegar (a ella), venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue all1, siquiera me muera en el camino o no tenga coraz3n para los trabajos que hay en 3l, siquiera se hunda el mundo...” (C35, 2).

Luchar no significa vivir en permanente guerra ni en tensi3n ni en confrontaci3n con todos los dem1s. Luchar significa no abandonar la barca que hemos botado, significa la decisi3n radical de seguir mar adentro sin tener parte meteorol3gico.

Etty Hillesum, una mujer increíble que murió en Auschwitz, a la que supongo conocéis (¿sí?), escribió en una ocasión “¡Qué lento y doloroso proceso es este nacer a una verdadera independencia interior!”.

Ya os he dicho antes que nuestras opciones son siempre de amor preferencial. Sólo ese “con ansias, en amores inflamada” puede hacer que permanezcamos ahí, que no nos paralicemos ni nos desboquemos, que intentemos avanzar con “esa luz y guía que en el corazón arde”.

Pero ese permanecer que significa resistir, ese “a pesar de todo” es lo contrario a endurecerse. La resistencia es una cualidad evangélica que tiene más de confianza apasionada que de cualquier otra cosa. Péguy logró decirlo de una forma bellísima en un poema que, además, también se titulaba “la noche” y decía lo siguiente:

“Me han dicho, dice Dios, que hay hombres
que trabajan bien y duermen mal, que no duermen nada.

¡Qué falta de confianza en Mí!

Eso es casi más grave que si trabajasen mal y durmiesen bien
porque la pereza es un pecado más pequeño que la inquietud,
que la desesperación y que la falta de confianza en Mí.

...

Y sólo tú, noche, hija mía,
consigues a veces del hombre rebelde
que se entregue un poco a mí

...

Por favor, sed como un hombre que no está siempre remando,
sino que a veces se deja llevar por la corriente”...

Es la confianza tenaz de la que hablábamos al principio, el atrevimiento amable.

La espiritualidad es un camino de personificación, de integración y no de anulación por más que sea mucho lo que hay que negar para llegar a la verdadera autoafirmación, a esa “casa sosegada”, a esa alborada, a la transformación en él.

Aunque sólo sea de pasada quiero decir que quizás el mayor peligro en este camino sea el autoengaño que nos estanca. Es un momento de muerte que no percibimos y eso es lo que lo convierte en peligroso. El quid de la cuestión está en darse cuenta. Hay un momento en el que llegamos a tener un conocimiento de nosotros mismos bastante bueno, hemos nombrado nuestros traumas o como queráis llamarlos y nuestras grandes posibilidades, empezamos a ser muy “guays” y empezamos a “concertar” la vida. Concertar es pactar, es acomodarse en la tripa de la ballena, en vez de sacar a Jonás de ella. Y no quiero decir con esto, ni mucho menos, que haya que vivir en una especie de intranquilidad o desazón o de búsqueda de una perfección personal o comunitaria que seguramente no existe. Sólo quiero decir que quien vive empeñado en bracear en medio del mar, necesariamente sabe la sucesión de la calma y las mareas y sabe que siempre, todo, es provisional y que, puesto que nada se improvisa en la vida, la calma es el lugar donde se gesta un nuevo paso hacia dentro, donde se da un paciente y constante trabajo de atención, de desprendimiento y de escucha.

Y ya para ir terminando, sólo recordar que el destino de toda nuestra búsqueda de raíces para unirnos a Dios es el servicio, esa es la santidad cristiana y la experiencia mística de Jesús. Nosotros no pretendemos otra distinta.

Y esto nos llevará a una paz íntima que nunca va a ser imperturbable pero sí destierra el miedo y a una esperanza que no da certeza pero sí una confianza inquebrantable y a una alegría inmensa que es algo así: *esta casa es un cielo, si lo puede haber en la tierra para quien se contenta sólo de contentar a Dios y no hace caso de*

contento suyo, para quien ha dejado “su cuidado entre las azucenas olvidado” o como en otro sitio dice Juan+ “..ya no tengo otro oficio,/que ya sólo en amar es mi ejercicio. // ...diréis que me he perdido;/que, andando enamorada, me hice perdidiza, y fui ganada”

Esta es la pasión que puede transformar constantemente nuestra vida y que nos puede seguir llevando cada día a nuestros hermanos, a nuestro mundo.

Ya acabo, recordando algo que de muchas formas han dicho todos los grandes espirituales que nos han precedido: “Pongamos los ojos en Cristo...porque esta vida no es buena si no es para tenerla como la que él tuvo que fue el primero en amarnos y en ponerse a servir”.